

PREGÓN DE SEMANA SANTA 2008
(Santander, 14 de marzo de 2008)

Por la Cruz a la Luz

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Introducción

Me presento a vosotros como vuestro Obispo y Pastor para pronunciar el Pregón de la Semana Santa de este año de gracia 2008, invitado amablemente por la Junta General de Cofradías Penitenciales de Santander.

Aquí en la S.I. Catedral Basílica, donde el Obispo tiene su sede para enseñar y regir y su altar para santificar al pueblo santo de Dios.

Pregonar es “decir algo en voz alta para conocimiento de todos”. Hoy alzo mi voz para anunciaros la Gran Noticia, siempre buena y siempre nueva: la celebración de la Semana Santa. Días sagrados en los que conmemoramos los misterios de nuestra salvación, realizada por Cristo en los últimos días de su vida, comenzando por su Entrada Mesiánica en la Ciudad Santa de Jerusalén el domingo de Ramos y terminando con su Resurrección gloriosa el domingo de Pascua.

Semana Santa: fenómeno religioso, social, cultural

La Semana Santa es el tiempo en que se condensa la celebración del “Misterio Pascual”, primero, de una manera litúrgica y sacramental en las iglesias y en los templos, y, después, de una manera figurativa y plástica en las calles y plazas.

La Semana Santa es un acontecimiento esencialmente religioso y espiritual, pero también es un fenómeno social, cultural y turístico. Arte e imagería; literatura y música; costumbres y ritos... se dan cita como en un certamen para ensalzar el misterio pascual de Cristo, al que se asocia su Madre Santísima. Es como la sinfonía teológica con variaciones sobre el mismo tema: la Pascua, el paso de la muerte a la vida.

Durante la Semana Santa, nuestra Ciudad de Santander participa en la celebración litúrgica de los misterios que nos dieron nueva vida y es protagonista de las más variadas manifestaciones de religiosidad popular, que se rescatan de la tradición y de la historia. Sin atenerse a las raíces del ayer, los pueblos y las gentes no tienen profundidad ni porvenir. La historia viva es lo que otorga espesor y sentido trascendente a la existencia humana. Porque no hay proyecto sin historia ni utopía sin memoria.

Las procesiones penitenciales de Semana Santa en Santander tienen una larga historia y tradición. Se remontan a la segunda mitad del siglo XVI, cuando la Cofradía de la Santa Vera Cruz de la Orden Franciscana iniciaba los desfiles procesionales. Esta Cofradía pervivió hasta el año 1715. Tomó el relevo la Venerable Orden Tercera de San Francisco, llamada también “de penitencia”, que desde el año 1812 contó con la colaboración de la Real Hermandad Sacramental fundada no mucho antes (en 1788) por el Obispo Méndez de Lúcar.

Las modernas Cofradías que, ahora conocemos, datan de la segunda mitad del siglo XX. He aquí la secuencia de sus nombres: *Los Dolores, La Merced, La Inmaculada, La Esperanza, La Paloma, El Descendimiento, La Agonía, La Pasión, El*

Santo Entierro, La Oración, El Amor y La Salud (cfr. D. Francisco Gutiérrez Díaz, Pasos Procesionales, Santander 2001).

Las Cofradías con sus hábitos y emblemas, sus insignias y estandartes, sus grupos escultóricos sobre elegantes tronos desfilan por las calles y plazas de nuestra Ciudad, realizando una verdadera catequesis plástica y una representación de las principales escenas de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Salvador.

La fe, cuando es viva y vigorosa, es capaz de crear cultura, arte y belleza. Es el fenómeno de la inculturación y encarnación de la fe. “La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida” (Juan Pablo II, *Discurso en la Universidad Complutense de Madrid*, 3 de noviembre de 1982).

Permitidme que, después de esta introducción, centre mi Pregón en la CRUZ: la Cruz exaltada y transfigurada. *Por la Cruz a la Luz.*

LA CRUZ EXALTADA

La auténtica Semana Santa es la de la Cruz, que se alza como la gran señal del Dios del cielo, como el único camino del Hijo de Hombre y como reto desafiante para los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Nada hay nada más grande sobre la tierra que la cruz. Nada purifica y salva como la cruz. Nada acoge y abraza como la cruz. Nada perdona y ama como la cruz. Y es que como escribía y cantaba Santa Teresa de Jesús en sus soliloquios de amor con su Cristo llagado: “*abracemos bien la cruz/ y sigamos a Jesús/ que es nuestro camino y luz*”, pues “*en la cruz está la vida y el consuelo/ y ella sola es el camino para el cielo*”.

La Iglesia en la liturgia del Viernes Santo nos invita a adorar la Cruz: “Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. Venid, a adorarlo...” “Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero”. “Oh cruz fiel, árbol único en nobleza. Jamás el bosque dio mejor tributo en hoja, en flor y en fruto. ¡Dulces clavos!. ¡Dulce árbol donde la vida empieza con un peso tan dulce en su corteza!”.

Con una expresiva y preciosa *laudatio*, aclamamos el misterio de la cruz: “Salve, altar precioso; árbol florido; madero del que brota la vida; madero donde el hombre vuelve a ser libre; jardín del Hijo del Padre; columna elegida; lámpara del universo; luz de las estrellas; muro indestructible; puerta del paraíso; auxilio de los pecadores; árbol hermoso donde se recogen los frutos mejores; roca sobre la que se construye la Iglesia”.

LA CRUZ TRANSFIGURADA

Hermanos, la cruz está ya transfigurada. Es también Pascua. “Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 32). “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo. Pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 23-24). Y es que “el que se humilla será exaltado” (Lc 14, 11).

Al alba del tercer día, la cruz reventó en vida y en resurrección. El amor no podía quedar estéril. El amor nunca es infecundo. El amor es siempre vida. La cruz es luz. Y la cruz floreció hasta la eternidad. “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?. No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 5-6).

La Resurrección es el misterio que lo resume todo, la luz que lo ilumina todo, el aroma que lo perfuma todo, la seguridad que lo invade todo. “Si Cristo no ha resucitado

–escribe Pablo- vana es nuestra fe... Pero no, Cristo ha resucitado, y Él es la primicia de quienes duermen el sueño de la muerte” (cfr. I Cor 15, 17-20). Nada podrá ya con nosotros, nada podrá ya apartarnos del Amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús: ni la espada, ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la enfermedad, ni la muerte (cfr. Rom 8, 37-39). En todo vencemos por Aquel que nos ha amado hasta hacerse cruz redentora, cruz florecida, cruz transfigurada, pascua sin ocaso, humanidad nueva y definitiva, aurora de eternidad.

La Cruz nos lleva a la luz como el Tabor fue prelude, anuncio y anticipo del Calvario. El Calvario no es sólo el monte santo de la Cruz, sino también y, sobre todo, el jardín de la Resurrección, la montaña sagrada de la luz y de la vida.

Y ahora, mientras nos disponemos a entrar en los días grandes e inefables de la Semana Santa, miremos al Cristo de la cruz y de la luz para decirle con uno de los himnos de la Liturgia de las Horas (Vísperas, Viernes I, vol IV), que es un poema de Gabriela Mistral:

*“En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de mi cuerpo a tu cuerpo con vergüenza.*

*¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?*

*¿Cómo explicarte mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?*

*Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.*

*Y sólo pido no pedirte nada.
Estar aquí junto a tu imagen muerta
e ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta”*

Mirada de amor a la Virgen María

Al acabar este pregón, os invito a volver la mirada contemplativa y el corazón a la Virgen María, nuestra Madre, la Virgen de los Dolores que sufre con su Hijo, el “Varón de dolores” (cfr. Is 53, 3).

En esta contemplación nos ayudan algunas de las estrofas del poeta santanderino D. Gerardo Diego en su *ofrenda* como introducción a su célebre *Vía Crucis* y que ha pasado al himnario de la Liturgia de las Horas de la Iglesia:

*“Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas;
clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla,
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.*

*¿Dónde está ya el mediodía
luminoso en que Gabriel,
desde el marco del dintel,
te saludó: “Ave, María”?
Virgen ya de la agonía,
tu Hijo es el que cruza ahí.
Déjame hacer junto a ti
ese agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario,
cítame en Getsemaní.*

*A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa,
a ti, ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María.*

Virgen María, nos unimos a tu dolor: *“Oh dulce fuente de amor,/ hazme sentir tu dolor/ para que llore contigo./ Y que, por mi Cristo amado, / mi corazón abrasado/ más viva en él que conmigo”* (Himno de Laudes de la fiesta de la Virgen de los Dolores).

Virgen María, nos unimos, sobre todo, a tu alegría: *“Alégrate, Madre de la luz, porque Cristo, el Sol de Justicia, ha vencido las tinieblas del pecado e ilumina el mundo entero”. “Reina del cielo, alégrate, porque el Señor a quien has merecido llevar en tu seno, ha resucitado”.*

Hermanos de Santander, os deseo de corazón a todos:

¡FELIZ SEMANA SANTA!
¡FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN!